

Mustafá-Baja. Estas mudanzas paralizaron las operaciones del ejército y fueron favorables á los Rusos, quienes demasiado débiles para resistir á los Otomanos si los bajáes hubiesen enviado los contingentes que debian, se veian precisados á replegarse detrás del Dniester. No obstante el jeneral Michelson, viendo la inaccion del enemigo, volvió á entrar en la Valaquia que habia ya abandonado; y los Osmanlinos perdieron la ocasion de vengarse de los Rusos, á los que los rápidos progresos de Napoleon impedian emplear todas sus fuerzas contra la Puerta. Pronto la paz de Tilsit, concluida entre la Francia, la Rusia y la Prusia, puso tambien un fin momentaneo á las hostilidades de las orillas del Danubio.

Mustafá-Bajá y el mufti, actores principales de la conspiracion, llegaron á ser los dueños absolutos del gobierno bajo un príncipe débil y frívolo; mas estos dos hombres, falsos y ambiciosos, no pudieron estar mucho tiempo de acuerdo.

Sultan-Mustafá probaba cómo conducir, por medio de la dulzura, los Servios á la obediencia; les envió en comision á un obispo griego, el cual les ofreció el olvido de lo pasado, si querian reconocer la soberanía del sultan y enviarle diputados para concluir un arreglo definitivo; pero los Servios, apoyados por la Rusia, despreciaron las pretensiones del sultan y se prepararon para la defensa.

La Inglaterra, que deseaba restablecer sus relaciones de amistad con la Puerta, encargó á sir Arturo Paget que entrase en negociaciones secretas con los ministros otomanos. Este plenipotenciario estaba á punto de lograr su intento cuando el jeneral Sebastiani, instruido de estos pasos por el dragoman de la Puerta, Alejandro Suzzo, hizo grandes amenazas y llegó á asustar al divan, el cual rompió las negociaciones con el embajador inglés. Cortaron la cabeza á Alejandro Suzzo, convicto de haber hecho traicion á los negocios secretos del estado.

Este príncipe solo reinó un año;

no fué llorado porque su carácter frívolo y al mismo tiempo cruel no habia inspirado á su pueblo ni afecto ni aprecio.

### CAPÍTULO XXXI.

SULTAN-MAHMUD-KHAN II, HERMANO DE SULTAN-MUSTAFÁ-KHAN IV, E HIJO DE SULTAN-ABDUL-HAMID-KHAN.

Empezó el nuevo reinado por numerosas ejecuciones. Habiendo Bairakdar-Mustafá-Bajá llegado á ser el dueño del poder y el ídolo del día, vengó la muerte de Sultan-Selim con el suplicio de sus asesinos, el de sus cómplices y el de los favoritos de Sultan-Mustafá. El mismo día de la instalacion del primer ministro se espusieron treinta y tres cabezas en la puerta del serrallo.

Después de estos actos de rigor, se ocuparon en hacer los funerales: desplegóse en ellos la mayor ostentacion, y el pueblo, que durante la vida de este príncipe, le habia infamado obstinadamente, dió á su muerte señales del mas profundo dolor.

El 11 de agosto de 1808, Sultan-Mahmud fué á la mezquita de Eioub para ceñirse allí el sable de Osman.

Luego que Bairakdar-Mustafá-Bajá tuvo el poder entre sus manos, pensó separar á todos los que miraba como rivales peligrosos. Partidario este ministro de las mejoras que Sultan-Selim habia probado introducir en el ejército, y animado en el mismo intento por sus principales confidentes, Ramis-Bajá y Beiji-Efendi, ambos discípulos de la escuela de ingenieros volvió á empezar la obra atrevida de la estirpacion de los abusos radicados en el cuerpo de los jenízaros. Pero, á fin de superar todos los obstáculos que presentaba esta reforma, odiosa á los soldados y á la mayor parte de los jefes, quiso el gran visir apoyarse con una fuerza suficientemente poderosa para vencer las preocupaciones nacionales. Invitó pues con este objeto á todos los bajáes y á los principales *aians* á pasar en persona á Constantinopla hácia

Albuquerque.



*Exercice du Janak.*  
Exercice del Tomak.

TURQUIE.

TURQUIE.

mediados de rebi'ul-akhir (principios de octubre) ó á hacerse representar en ella por un agente con plenos poderes. En este solemne divan, se les debia someter los proyectos relativos á la formacion de un ejército regular y á la creacion de algunos *orta-modelos*, bajo el nombre de *seymenes regulares*. Habiendo pues en esta ocasion acudido á Constantinopla cerca de las dos terceras partes de los dignitarios convocados, Beirakdar-Mustafá-Bajá los reunió en su palacio, les manifestó la necesidad de reformar, sin destruirle, el cuerpo de los jenizaros que habia llegado á hacerse indisciplinado é ignorante en el arte de la guerra; para lograr este objeto propuso varias medidas convenientes para rejenerar á esta milicia, y ponerla al nivel de las tropas europeas; reclamó el apoyo de los altos funcionarios presentes, les pedia su adhesion por escrito y la promesa de derramar toda su sangre, si era necesario, para mantener la ejecucion del katti-cherif que Su Alteza intentaba publicar, relativo á la destruccion de los abusos y á las reformas que debian hacerse en los cuerpos militares. Todos los bajáes que concurren á la junta aprobaron las miras del ministro y firmaron la obligacion que exijia de ellos. El mufti concedió sin dificultad un fetva que autorizaba los proyectos del gran visir; pero los bajáes y los *aians* que no habian acudido al divan, y entre los cuales se hallaba el famoso Alí, bajá de Janina, se limitaron á una aprobacion vaga y sin empeño formal. Kadi-Bajá, antiguo jefe de los nizam-djedid, que habia traído á Constantinopla tres mil hombres, ofreció permanecer en ella mientras se necesitase de su auxilio; en fin, todo parecia marchar á satisfaccion de Mustafá-Bajá. La facilidad que experimentaba en el éxito le inspiró una confianza tan grande en sí mismo, que se creyó llamado por su estrella á cambiar la faz del imperio: desde entónces, olvidando su anterior prudencia y moderacion, despreció á sus mejores amigos, y con su insolencia y orgullo se atrajo el odio general. Hizo sin miramiento preci-

pitadas reformas que debia haber tratado de introducir poco á poco y con suavidad; obligó á los altos funcionarios á cederle los dos tercios de los *timars* que se habian apropiado. En lugar de conceder grandes ventajas á los individuos que quisieran formar parte de los cuerpos nuevos de *seymenes regulares*, no les acordó privilegio alguno, les dió por jefes á los antiguos oficiales de los nizam-djedid, y los alojó en los cuarteles de Escútari y de Lewend-Tchiflik, que habian ocupado estos últimos; lo que hizo que se considerase á los *seymenes* como los verdaderos nizam-djedid bajo otro nombre. Además del odio del ejército, se atrajo tambien el de los ulemas por el desprecio que profesaba á este poderoso cuerpo y por su insaciable codicia, que le hacia temer que se apoderase de los bienes de las mezquitas. Los oficiales del serrallo estaban tambien ofendidos de verle disponer, sin su participacion, de todos los empleos y honores; el pueblo, á influjo de los numerosos enemigos de Bairakdar, aborreció luego al ministro, que poco antes era su ídolo. Por último el mismo sultan veia con disgusto un súbdito cuya ambicion y carácter atrevido solo le dejaban una sombra de autoridad.

El valiente Bairakdar, tranquilo en medio de los enemigos de que estaba rodeado, se complacia en despreciarlos: el único sosten que tenia era el cuerpo de diez y seis mil hombres que habia traído de Rustchuk y otros tres mil acampados cerca de Escútari, á las órdenes de Kadi-Bajá, que le era enteramente adicto. Los adversarios ocultos del gran visir empeñaron secretamente á Molla-Agá, aian de Filippopoli, á entrar á fuerza armada en el bajalato de Rustchuk. Así que supo Bairakdar este ataque, envió corriendo tropas contra el rebelde, y como era de esperar, cometió la imprudencia de guardar consigo cerca de seis mil hombres, que dejó repartidos en diferentes cuarteles de la capital. Cuando hubieron logrado debilitarle, trabajaron con mas fervor que nunca en hacerle odioso á toda la nacion. Las

quejas de los que habian sufrido las reformas del ministro y las ruidosas calumnias que contra él proferian en los cafés y otros lugares públicos, exasperaron hasta tal punto al populacho que decia en alta voz que era necesario acabar con aquel perro de *ghiaour*. Pasquines fijados hasta en los muros de su palacio, anunciaban para las fiestas del Beiram, que estaban muy cercanas, la muerte del gran visir y de sus favoritos. Lejos de espantarse Bairakdar por estos síntomas de revolucion, y aconsejado por sus amigos á que marchase á Andrinópolis con Sultan-Mahmud, persistió en su ciega seguridad y continuó arrostrando el furor popular. El 14 de noviembre, tres dias antes de acabarse el Ramazam, el gran visir, segun la costumbre establecida en la corte otomana, fué á visitar al musti. El ministro no tenia á su alrededor mas que doscientos hombres; detenia su marcha el jentío que se aumentaba cada vez á su paso, y mandaba á sus *tchauchs* que hiriesen con sus *topouz* á todos los que no se retiraban con bastante prontitud. Refugióse el populacho en los cafés vecinos; pero muchas personas habian sido heridas por los golpes distribuidos por orden de Bairakdar. La aspereza que acababa de ostentar llevó á su colmo la indignacion pública; por un movimiento unánime, una inmensa multitud se dirigió á casa del agá de los jenizaros, donde fueron tambien algunos ulemas; entónces determinaron atacar á los soldados de Bairakdar, distribuidos por la ciudad. Al momento ejecutaron esta resolucion; estos últimos, cojidos de improviso, se salvaron en el campo despues de una insignificante resistencia; por otro lado algunos jenizaros pegaron fuego á unas casas contiguas al palacio del gran visir, cuyo edificio fué luego alcanzado por las llamas. Los guardias de Bairakdar querian apagar el incendio, pero un cuerpo de seis mil jenizaros que venia á atacar su morada, los dispersó y formó un cordon al rededor del edificio incendiado afin de impedir que llegasen las bombas. En esto se decidieron

los criados de Bairakdar á prevenirle de los peligros que le amenazaban: al entrar en el palacio se habia acostado y habia espresamente mandado que nadie interrumpiese su sueño á menos que un violento incendio exijiese su presencia. Despertado sobresaltadamente y viendo que su palacio era presa de las llamas, y que estaba rodeado de los jenizaros, sus enemigos implacables, oyendo solamente el ruido que las paredes hacian al desplomarse ó los gritos y lamentos de sus esclavos, que al buscar su salvacion, eran degollados cruelmente, este hombre, hasta entónces tan intrépido, fué sobrecojido de un terror invencible; recojió apresuradamente el oro y las joyas que pudo, y corrió á encerrarse con una de sus favoritas y un eunuco negro en una torre de piedra donde esperaba estar resguardado del incendio. Mientras que el gran visir tomaba esta resolucion pusilánime, mandó el kapudan-bajá Ramis que dos navíos de linea anclasen delante del cuartel donde se hallaba el palacio del agá y el cuerpo de reserva de los jenizaros y que hiciesen fuego; acudia en persona con sus marinos, se reunia á los soldados del toptchi-bachi, y marchaba al socorro del gran visir cuando Kadi-Bajá se dirijia con dos mil hombres al serrallo para proteger al sultan, y el resto de sus tropas contenia á los jenizaros de Escútari. Estas sabias medidas, oponiendo una resistencia obstinada á los amotinados, debilitaron su ardor. Espuestos tambien al fuego de los seymenes regulares que hacian desde lo alto de las paredes del serrallo, y á los cañonazos de las embarcaciones, los jenizaros, despues de haberse batido un dia entero, empezaron á desesperar de su causa. Pronto acabó de desanimarlos un aciago rumor que circuló por sus filas: aseguraban que Bairakdar se habia salvado, disfrazado de mujer, y que volveria á presentarse á la cabeza de fuerzas respetables. Informado el kapudan-bajá del terror de los rebeldes, quiso proponerles una amnistia; pero Kadi-Bajá, enemigo implacable de los jenizaros, los cuales

habian destruido en 1806 el cuerpo de los nizam-djedid que estaba á sus órdenes, queria vengarse y fué de opinion de hacer un ataque jeneral. Sultan-Mahmud se inclinaba por la clemencia; mas de resultas de los gritos de los soldados de Kadi-Baja tuvo que ceder al parecer de su jefe, recomendándoles sobre todo que no incendiasen las casas cuyos habitantes opusiesen resistencia.

Cuatro mil hombres, precedidos de cuatro piezas de artilleria y mandados por Kadi-Bajá, salieron del serrallo, rechazaron á los jenizaros que atacaban aquel palacio, se apoderaron de uno de sus cuarteles cerca de Santa Sofia y dispersaron el destacamento que rodeaba la morada del gran visir. Ignorando Kadi-Bajá la suerte de Bairakdar, y no pudiendo penetrar en su habitacion que devoraban las llamas, dejó una parte de sus tropas en el At-Meidani, dividió el resto en tres columnas, mandó que dos de estas se dirijiesen hácia el barrio de las Siete-Torres y la mezquita Suleimanié, degollando á todos los que se opusiesen á su paso, y les señaló por punto de reunion el palacio del agá de los jenizaros, á donde pasó en persona al frente de la tercera columna. Los excesos cometidos por los soldados exasperaron al pueblo; se unió con los jenizaros que habian probado inútilmente de arrojar á los seymenes de los cuarteles que ocupaban, y habian acabado por pegarles fuego. Desde este momento, todo cambió de semblante; los seymenes murieron aplastados bajo los escombros, ó consumidos por las llamas; Kadi-Bajá tuvo que volver á encerrarse en el serrallo despues de experimentar grandes pérdidas; el incendio, no siendo detenido por nadie, hizo progresos espantosos, y los gritos lastimeros de las víctimas desgraciadas, que en vano pedian socorro, y desaparecieron luego bajo las ruinas encendidas, apenas eran escuchados por los combatientes encarnizados en el deguello. Sultan-Mahmud veia desde lo alto de una torre del serrallo aquel horrible espectáculo: su corazon se compadeció, mandó cesar inmedia-

tamente el deguello y tratar de apagar el fuego; el fusilamiento cesó tambien; el agá de los jenizaros, no atreviéndose á desobedecer al sultan, envió por los bomberos, é hizo derribar algunas casas para aislar el incendio; pero habia tomado ya demasiado incremento para que pudiese ser apagado con facilidad, y solo fué detenido por las plazas públicas y las cúpulas de piedra de las mezquitas.

Sin embargo, alentada la multitud por la cesacion de las hostilidades, se precipitó hácia *Bab-Eumaïoun*, y pronunció amenazas contra los seymenes y sus jefes, y hasta contra el soberano que acababa de evitar los alborotos. Algunos llegaron á decir que se debía deponer á Sultan-Mahmud y restablecer á Sultan-Mustafá. Estas exclamaciones del pueblo fueron la sentencia de muerte del príncipe, á quien queria dar el trono. Sultan-Mahmud ya desde la víspera resistia noblemente á las instancias de sus ministros que le aconsejaban hiciese matar á su hermano: por último, aunque con gran sentimiento, tuvo que ceder á la necesidad de mirar por su seguridad personal; la órden fatal le fué arrancada, y Sultan-Mustafá entregado á los verdugos. Su muerte no escitó lástima alguna; y pareció justa aun á los ojos de sus partidarios.

Quando las llamas hubieron consumido el palacio del gran visir, algunos hombres se metieron entre los escombros esperando encontrar oro en ellos: separando aquellos restos humeantes y cenizas aun calientes, descubrieron al pié de una torre alta una puerta de hierro, la forzaron y llegaron por un paso estrecho á una segunda puerta que, cediendo tambien á sus golpes, les presentó la entrada de un cuarto bajo: en él habia tres cadáveres tendidos al lado de sacos llenos de oro y de magníficos cofrecitos de piedras preciosas. Informados los jenizaros de este descubrimiento, acudieron luego y reconocieron con gran gozo á su mas cruel enemigo el terrible Bairakdar, cuyo regreso temian aun, y que habia sido sofocado mutuamente con

su favorita y su primer eunuco. El cuerpo del gran visir fué empalado y espuesto durante tres dias en la plaza del Et-Meidani.

Mustafá-Baja, llamado por sobre nombre *bairakdar* (porta-estandarte), era hijo de un pobre labrador y seguía al principio el oficio de su padre; luego se hizo mercader de caballos; pero su genio belicoso no pudo soportar mucho tiempo esta vida oscura y pacífica: alistóse en las tropas del bajá de Rustchuk, subió rápidamente, por su solo mérito, á los primeros grados militares, y despues de haber gobernado con distincion el bajalato en que empezó á servir de simple soldado, acabó llegando á la mas alta dignidad del imperio. Mostró luego en este elevado puesto habilidad, moderacion, un ánimo superior á las preocupaciones de sus compatriotas y un gran amor á la justicia.

Sultan-Mahmud, el único que habia quedado de la familia de Osman, no tenia ya que temer á los jenizaros: se apresuró á poner un término á las desgracias que desolaban la capital.

Despues del violento sacudimiento que acababa de estremecer el imperio, el Gran Señor se ocupó de sus relaciones con las potencias extranjeras. Empeñado en una guerra desgraciada contra la Rusia, el gobierno otomano consintió en enviar plenipotenciarios á Yassi; sin embargo las intrigas políticas retardaron la apertura del congreso. La Inglaterra no habia renunciado á la esperanza de una reconciliacion con la Puerta; entabláronse negociaciones secretas. Mr. Adair, enviado inglés, y Mr. de Sturmer, internuncio de Austria, lograron decidir á Sultan-Mahmud al cabo de tres meses de solicitudes; y el 5 de enero de 1809, se firmó la paz con la Gran Bretaña. Segun aquel tratado, esta última potencia se obligaba á devolver todos los fuertes y plazas pertenecientes á la Puerta, la cual, por su parte, debía alzar el secuestro impuesto á las mercancías y embarcaciones inglesas, reconocer las antiguas capitulaciones y todos los privilegios establecidos por

actos subsiguientes, pero con la condicion de que la Inglaterra recibiria en sus puertos las naves otomanas y nunca mas intentaria entrar á mano armada en el canal de Constantinopla. En vano Mr. de Latour-Maubourg, encargado de negocios francés, quiso impedir este tratado, y la Rusia, cuyos intereses eran entónces opuestos á la Gran Bretaña, mandó hacer solicitudes á la Puerta con este objeto; el sultan se sostuvo firme en su política, y recibió con los mayores honores al ministro de su nuevo aliado.

Esta circunstancia debia precisamente poner obstáculos á la conclusion de la paz entre la Rusia y la Puerta. Así es que el único resultado que produjo la reunion en Yassi, de los plenipotenciarios de estas dos potencias, fué una declaracion de guerra. Los bajáes y los *aianes* de las orillas del Danubio recibieron orden de reunir sus tropas y de prepararse para resistir á los Rusos.

Abrió el general ruso la campaña con la toma de la fortaleza de Eslobodsa, y con la derrota, delante de Ibrail, de un cuerpo del ejército otomano. Por otra parte, los bajáes de Bosnia y de Nisa batian las tropas serbias y bloqueaban á Deligrad y otras plazas. Mientras que se verificaban estos acontecimientos, el embajador inglés probaba de sublevar contra los Franceses los habitantes de las islas Jónicas, concedidas á Napoleon por el emperador de Rusia, en virtud del tratado de Tilsit. Pero nada adelantaron los esfuerzos de Mr. Adair; el senado jónico publicó un decreto de destierro contra un Corfiota, llamado Dendrino, que el embajador británico habia nombrado, de su propia autoridad, cauciller de la república de las Siete-Isas en Constantinopla; los emisarios ingleses fueron arrojados de Itaca y de todo el territorio; y la Puerta declaró solemnemente al encargado de negocios francés que el sultan se opondria á los manejos que tuviesen por objeto el librar las Isas Jónicas de la autoridad francesa.

Sin embargo los Rusos continuaban con vigor la guerra á las orillas

del Danubio. Cayeron en su poder diferentes plazas de las dos orillas de este rio; atravesó el general en jefe Bagration, batió á los Osmanlinos cerca de Silistria y se apoderó de Rassewat; pocos dias despues se rindió á otro cuerpo del ejército ruso la importante fortaleza de Ismail, y las ciudades de Mangalia y de Kavarna, sobre el mar Negro, sucumbieron á los esfuerzos de los jenerales Markoff y Platoff. Estos numerosos reveses no desanimaron al gran visir; acampado delante de los muros de Silistria, aguardó, sin asustarse, el ataque del príncipe Bagration, y le opuso una resistencia tan tenaz que este general, despues de haber perdido cerca de diez mil hombres, se retiró á Hirsowa, y mandó á la mayor parte de sus tropas que volviesen á pasar el Danubio, dejando solamente guarniciones en las fortalezas que habia tomado en la orilla derecha del rio. Fué compensada esta derrota con la conquista de la fortaleza de Ibrail, que á este tiempo hizo el general Essen.

En esto se supo que Napoleon acababa de hacer la paz con el Austria, despues de haber ganado, bajo las murallas de Viena, la famosa batalla de Wagram. Aprovechándose del influjo que los triunfos de la Francia debian ejercer sobre el ánimo de los ministros otomanos, Mr. de Latour-Maubourg insistió vivamente en empeñar al divan á acceder al sistema continental y á dar sus pasaportes á Mr. Adair. Despues de haber vacilado mucho tiempo, queriendo la Puerta terminar sus disputas con la Rusia, aceptó la mediacion de la Francia. No obstante el sultan hizo grandes preparativos para la próxima campaña, porque su intencion era no solo oponer una vigorosa resistencia á las tropas rusas en caso de hostilidades, sino tambien volver á tomar á los Wehhabitas las ciudades santas (la Mecá y Medina) á las que no podian acercarse los musulmanes.

A pesar de todas las medidas tomadas por el Gran Señor, la campaña de 1810 no fué mas feliz para los Osmanlinos. El gran visir habia es-

tablecido su cuartel jeneral en Chuncha, ciudad de la Bulgaria, á veinte y cinco leguas del Danubio. Los Rusos, á las órdenes de Kamenski, se hicieron en primer lugar dueños de las costas marítimas, tomaron por asalto á Bazardjik, y sucesivamente otras varias ciudades.

Lejos de desalentarse Sultan-Mahmud por estos reveses, anunció que iba á ponerse en persona al frente del ejército. En un firman dirigido á las tropas del gran visir, les recordaba los hechos de los antiguos Osmanlinos, y trató de despertar en ellos el fanatismo guerrero que habia obrado ya tantos prodijios. Sin embargo el deseo que manifestaba el sultan de pasar al campamento, disgustaba á los ulemas y á los jefes de los jenizaros: estos dos cuerpos poderosos temian que no se aprovechase el soberano del momento en que se veria rodeado de sus soldados, para libertarse de su tutela. Por consiguiente pusieron mil dificultades á la marcha de Su Alteza. Los bajáes Tehapan-Oglou y Kara-Osman-Oglou, conocidos como celosos partidarios de la reforma intentada por Bairakdar, debian llegar con su contingente, que subia á veinte mil hombres, al campamento del gran visir, pasando por Constantinopla. Los jenizaros creyeron que se habian renido estas fuerzas en la capital para favorecer el restablecimiento del nizám-djedid; y el sultan tuvo que acceder á sus clamores, mandando á las tropas de estos dos jefes cambiar de direccion.

Por otra parte, los Rusos habian conseguido por el lado de Jeorjia una completa victoria sobre los Persas reunidos al príncipe de Imeretta; y despues de este hecho parecia próxima á concluirse la paz entre las cortes de Teheran y Petersburgo. Esta circunstancia desagradable para los Otomanos y los reveses que habian sufrido en la última campaña, les inspiraban un vivo deseo de que cesase la guerra: pero las inadmisibles pretensiones del general Kamensky hicieron suspender las negociaciones que habia entablado el gran visir; y los Rusos tomaron cuarteles de in-

vierno en la Valaquia, la Moldavia y la Besarabia, dejando guarniciones en Nicópolis, Silistria y Rustchuk. Por su parte, el gran visir se aprovechó de la mala estación para aumentar las fortificaciones de su campamento, bajo la dirección de ingenieros europeos.

Después de la campaña de 1810, habían vuelto á principiar las negociaciones entre los Rusos y los Otomanos, pero sin ningún resultado satisfactorio.

El gran visir Zia-Yusuf-Bajá, que por razón de su avanzada edad no podía cumplir los penosos deberes de serasquier, fué reemplazado por Ahmed-Bajá, ex-nazir de Ibrail.

El nuevo gran visir reunió un ejército de setenta mil hombres con setenta y ocho piezas de artillería, cuyo servicio se había perfeccionado mucho entre los Otomanos; y en el mes de junio se dirigió hácia Kustchuk, lo que determinó á Kutusoff á enviar una división de su ejército á Giurgewo y establecer allí su campamento. Este jeneral, con motivo de la retirada de cuatro divisiones de su ejército, destinadas á formar un cuerpo de observación en Polonia, solo podía con dificultad mantenerse en la defensiva; en su consecuencia, hizo arrasar las fortificaciones de las poblaciones entre Silistria y Rustchuk. Esta plaza fuerte había sido nuevamente puesta en buen estado de defensa; treinta mil Rusos ocuparon las alturas que la dominaban. Los Otomanos atacaron con vigor; pero nunca pudieron atraer al ejército enemigo, y tuvieron, después de un acalorado combate, que volver á su campamento, establecido en Kadi-Keui, á dos leguas y media de Rustchuk.

Tantos desastres obligaron al serasquier á solicitar una suspensión de hostilidades: le fué concedida por todo el tiempo que durasen las negociaciones para la paz. Pero cuando llegó á Constantinopla la noticia de estos reveses y del armisticio concluido después de ellos, el divan desaprobó altamente la conducta del gran visir, y tomó inmediatamente las medidas más enérgicas.

En medio de estos preparativos para una guerra desastrosa, nació, el 24 de noviembre de 1811, el primer hijo de Sultan-Mahmud que solo había tenido hasta entónces cuatro hijos. El joven príncipe recibió el nombre de Sultan-Murad: su nacimiento causó gran alegría al pueblo, que temía se estinguiese la raza de Osman.

Sin embargo las negociaciones que habían sido empezadas en Guirgewo y continuadas en Bucharest, fueron rotas por los Rusos y se prepararon para empezar de nuevo las hostilidades. No obstante, los plenipotenciarios no abandonaron el lugar del congreso; pero en un divan jeneral, declaró el mufti que no daría su fetwa en favor de la paz, y todos los miembros del consejo votaron unánimemente por la guerra.

Por su parte, el emperador Alejandro tenía intención de reforzar el ejército de Kutusoff; dos divisiones habían llegado ya á Yassi, cuando recibieron orden de retroceder y volver á pasar el Dniester. Esta nueva disposición había sido considerada necesaria por preverse un rompimiento con la Francia; además la Rusia tenía que sostener la guerra contra los Persas, que acababan de conseguir una ventaja en las cercanías de Koubbé; pero estas ventajas no continuaron, los Rusos adquirieron otra vez la superioridad y acabaron por invadir casi toda la Jeorjia. Por último, en el momento en que iban á empezar de nuevo las hostilidades entre la Puerta y la Rusia, la declaración de guerra hecha por esta última potencia mudó repentinamente la faz de los negocios. El plenipotenciario ruso, Mr. de Italsky, modificó singularmente sus pretensiones, y los ministros otomanos aceptaron las nuevas condiciones que propuso. Firmóse la paz en Bucharest, el 28 de mayo de 1812, y ratificóse en Wilna, el 23 de junio siguiente. El Pruth llegó á ser la frontera de los dos imperios. Este tratado, que aseguraba á la Rusia las embocaduras del Danubio con una parte de la Moldavia y de la Besarabia, fué aprobado con disgusto por Sultan-